

El profesor del futuro: Entre la tradición y los nuevos escenarios

Agustín Escolano Benito
Universidad de Valladolid

Correspondencia
Agustín Escolano Benito
Facultad de Educación
Departamento de Filosofía, Lógica y
Filosofía de la Ciencia, Teoría e
Historia de la Educación
Campus Miguel Delibes
47011-Valladolid
Tel. +34 983 423 469
Fax +34 983 423 007
agustin@fffc.uva.es

RESUMEN

El texto somete a discusión y análisis la problemática relacionada con la formación de los profesores del futuro, ponderando los condicionamientos de la tradición y las innovaciones que emergen en los escenarios que definen el entorno de la educación. El debate prospectivo se estructura en cuatro cuestiones: la incertidumbre valorativa que deriva de la crisis de los relatos; el impacto de la evolución del saber en las decisiones curriculares; la escuela como espacio intercultural; el influjo de la revolución tecnológica en la ecología del aula y en la formación de docentes.

PALABRAS CLAVE: Formación de profesores, crisis de relatos y educación, conocimiento y currículum, interculturalismo, revolución tecnológica, ecología del aula.

Future teacher: Between the tradition and the new scenarios

ABSTRACT

The text discusses and analyses the problems related to future teacher training, taking into discourse both the conditioning of tradition and the emerging innovations in the scenarios which define the educational environment. The prospective debate is structured around four questions: the evaluative uncertainty derived from the crisis of discourses; the impact of the evolution of knowledge in curricular decisions; the school as an intercultural space; the influence of the technological revolution in the ecology of the classroom and in teacher training.

KEYWORDS: Teacher training, crisis of discourses and education, knowledge and curriculum, interculturalism, technological revolution, classroom ecology.

Formar un profesor conformado a parámetros de calidad supone siempre un *ejercicio equilibrado* y bien ponderado entre el respeto a las *tradiciones* acreditadas por las cualificaciones corporativas de la profesión y la atención a las *innovaciones* que emergen en los escenarios que definen el entorno de la educación.

En recientes trabajos me he referido precisamente a algunos de estos equilibrios que los responsables de las políticas de formación de profesores y de la gestión de las instituciones han de buscar para aproximarse al modelo de maestro que parece perfilarse como profesional en los escenarios del futuro.

Las ponencias que presenté en las dos últimas Jornadas de Teoría e Historia de la Educación en la Formación de Profesores, celebradas respectivamente en Córdoba y Cuenca en 1993 y 1995¹, enfatizaron las funciones que la tradición puede aún cumplir en la formación del maestro moderno. Tras la revisión de la genealogía y manifestaciones del reciente declinar de la historia, reforzado hoy por los discursos y prácticas de orientación eficientista que dominan en la formación profesional de los docentes, en los textos citados se intenta justificar cómo todos los conceptos y hechos con los que ha de desenvolverse el futuro profesor (la condición infantil, el currículum, las instituciones, los modos de enseñanza, los sistemas de disciplina y examen...) son categorías histórico-culturales. Más aún, estas determinaciones históricas han configurado toda una cultura profesional, es decir, una tradición, que informa los roles adscritos del profesor, que han de ser por supuesto internalizados o aprendidos en orden al logro de la propia identidad del docente.

La tradición asegura una perspectiva, y nadie desde luego puede saltar hacia adelante sin ir acompañado por su propia sombra, según advertían los viejos relatos, como tampoco es aconsejable conducir un automóvil sin asegurarse por el retrovisor del escenario que se deja atrás, aunque sólo sea durante el tiempo imprescindible para no toparse con las sorpresas del futuro. Por lo demás, la historia, además de permitir a los profesores instalarse en una tradición, desarrollará en ellos el sentido crítico preciso para adoptar una actitud progresiva en cuanto al modo de entender las relaciones escuela-sociedad y de enfocar los conflictos que se generan siempre en los procesos de cambio y modernización.

En otro trabajo en curso de publicación (*Maestros de ayer, maestros del futuro*)² pongo de manifiesto cómo la condición docente ha estado siempre asociada a complejas *contradicciones*, entre las que los profesores han tenido que aprender a sobrevivir. Los maestros fueron exaltados como misioneros laicos, pero también criticados como dómicos autoritarios. Se les ha reconocido su función como mediadores de oficio entre la infancia y la cultura, pero nunca se les otorgó en la práctica la estimación social y académica que merecían en los discursos. Se les atribuyó el papel de intelectuales críticos en las sociedades y escuelas democráticas, pero se les sometió consecuentemente a tensiones que provocaron el conflicto entre sus roles. ¿Cómo puede el maestro ser al mismo tiempo, por ejemplo, un profesional eficaz, un juez justo y un buen *partenaire*?

Pero, más allá de estas contradicciones y conflictos, se afirma hoy por algunos -los posmodernos- que la era del profesor agoniza entre las nuevas redes de memoria y los juegos de lenguaje que los cibernautas ensayan, que los roles docentes

clásicos no sólo se están cuestionando, sino que pueden ser deslegitimados³. Los profesores podrán ser solicitados en el futuro -se afirma- para que transmitan las competencias técnicas que permitan operativizar el sistema, no desde luego para que exhiban sus ideas, y menos aún para que inculquen sus valores. El viejo humanismo liberador y emancipatorio se presenta ya hoy como poco eficiente y performativo, y el maestro compañero de la pedagogía romántica es para los detentadores de la racionalidad tecnológica un puro anacronismo. Por lo demás, el aprendizaje podrá llevarse a cabo, en gran parte, en entornos no escolares (domésticos, cívicos, profesionales...) que modificarán igualmente las funciones del profesor.

En el orden metódico, ningún enseñante será más competente que las redes de memorias para transmitir el saber establecido y archivado, ni que los equipos interdisciplinarios para imaginar nuevas y creativas jugadas con las que experimentar en el manejo de la información. La enseñanza podrá ser, pues, confiadas a máquinas -memoria y a terminales inteligentes, y el viejo oficio de profesor, desposeído de los metarrelatos y de sus atribuciones culturales y morales, puede quedar constreñido a tareas instrumentales relacionadas con el manejo de los lenguajes y útiles de la cultura informática.

Todo lo anterior supone sin duda una amenaza al ya precario y complejo estatuto profesional que la tradición ha legado, pero advierte también acerca de las *mutaciones que los cambios en el entorno cultural y tecnológico* pueden operar en el ejercicio profesional de la docencia y de las consecuencias que tales innovaciones han de tener en los *programas de formación* de los profesores.

Es posible que, como anuncia Jacques Attali en su obra *Milenio*, el mundo vaya a cambiar en los próximos años más que en ningún otro período de la historia humana⁴, pero también es verdad, según advirtió Gadamer, que ninguna época ha tenido tanta conciencia de su *historicidad* como la nuestra⁵. Esta conciencia es sin duda una «carga» impuesta a nuestra generación, pero también un «privilegio», por cuanto estamos asistidos por la memoria y la experiencia que, como se anotó anteriormente, nos aseguran perspectiva e identidad a un tiempo.

¿Cuáles son los *escenarios* en los que el profesor del futuro habrá de ejercer su profesión y a los que habrá de acomodar sus roles? ¿Cómo afectarán estos nuevos escenarios a los programas de formación de docentes?

En el marco de las limitaciones que ofrece mi intervención en esta mesa redonda, sugeriré algunos puntos en torno a los cuales debería girar el debate en torno al tema que nos ocupa: la formación del profesor del futuro.

A nuestro entender, el *debate prospectivo* sobre los *escenarios* en los que habrán de desempeñar sus funciones los profesionales de la enseñanza debería girar en torno a cuestiones como las siguientes⁶:

1. La *incertidumbre valorativa* a la que ha de atenerse el docente del futuro, incertidumbre derivada tanto de la crisis de relatos en que está inmersa la cultura contemporánea como de la deslegitimación del profesor para interpretar y transmitir valores antes aludida. Es previsible que en el porvenir inmediato se agudice

más aún esta crisis de los discursos normativos y que los enseñantes tengan que ejercer su oficio en un entorno sociocultural definido por la performatividad tecnológica y por la inestabilidad de los sistemas de valor.

2. El impacto de la evolución del conocimiento en la adopción de *decisiones curriculares* que afecten a los actores de las instituciones educativas. Aunque los diseños curriculares básicos serán elaborados por la autoridad normativa, el profesor puede verse cada vez más implicado, a pesar de la crisis antes apuntada, en *decisiones* operativas que afecten a las *adaptaciones* curriculares que exijan las peculiaridades de los medios sociales y de los sujetos a que se aplican. Más aún, la escuela, en cuanto que participa en la academización de ciertos saberes y prácticas que se producen fuera de ella, tendrá que adoptar una actitud más activa en la selección de contenidos y experiencias que se producen en su entorno, y en ello habrán de implicarse los profesores y alumnos como actores fundamentales en la gestión del currículum. La acelerada obsolescencia de la erudición y la versatilidad de los contenidos depositados en los espacios textuales e informáticos de memoria obligarán al docente a adoptar decisiones, con economía de tiempo y esfuerzo, que le permitan elegir inteligentemente los conocimientos más formativos entre la amplia masa crítica de estos.

3. Un tercer centro de interés del debate sobre los escenarios del porvenir y la formación de profesores guarda relación con el *multiculturalismo*⁷. Cada vez va a ser más frecuente que el docente tenga que tratar, dentro y fuera de la escuela, con grupos humanos complejos y plurales, en los que cohabitarán minorías étnicas, culturales, religiosas y sociales. El aula y la institución educativa se constituirán en un espacio para el contacto entre culturas, en el que el profesor habrá de arbitrar interacciones que respeten las diferencias y profundicen en la comprensión intercultural.

4. La *revolución tecnológica*, que está afectando ya estructuralmente al mundo de la educación, va a inducir una mutación radical en los *modos y métodos de enseñanza* y en la misma *ecología del aula*. Estos cambios afectarán de forma muy directa a los roles del profesor y exigirán nuevos programas de formación y reciclaje. Los objetos tecnológicos, al miniaturizarse, serán móviles y portátiles, haciendo posible que los niños y los adultos aprendan por sí solos muchos de los conocimientos que hoy son dispensados por el mundo escolar. Videodiscos portadores de diccionarios, memorias magnéticas u ópticas con capacidad para almacenar billones de caracteres y ordenadores personales portátiles nos convertirán en aprendices libres para elegir de forma nómada cualquier tipo de información. El maestro sólo enseñará a prender, pero no podrá competir con tan poderosos útiles en la transmisión de la cultura. La tecnología modificará también el mismo universo de la escuela, su escenario material y los utillajes, cambiando las interacciones en el ecosistema del aula y los modelos de comunicación profesor-alumno.

Las cuatro cuestiones apuntadas -incertidumbre valorativa, innovaciones curriculares, contexto multicultural y cambios en la ecología del aula- dibujan un escenario en gran parte nuevo que los responsables de las políticas y de las instituciones de formación de profesores han de ponderar al definir sus programas y

acciones. Pero estas prognosis no son únicas, ni tampoco definitivas. Nuevos hechos y conceptos aparecerán en los escenarios del futuro, y no todos podrán ser previstos. Tal vez por esta nueva incertidumbre, la prudencia aconseja, como sugeríamos al principio de nuestra intervención, sopesar adecuadamente algunos elementos de la *tradición* que aseguren la identidad y ciertas *invariantes humanísticas* de la profesión docente.

Pese a los temores anunciados, no es probable que la era del profesor esté llegando a su fin. Primero, porque la extensión de la educación en cuanto a universalidad, formas y duración generará nuevas demandas, algunas de ellas aún insospechadas. También, porque los papeles magistrales se reorientarán para adaptarse a los nuevos modos tecnológicos de producción.

Es seguro que el profesor del futuro será más *eficiente* y *democrático*, toda vez que se pegará más a la lógica de la tecnología y a sus lenguajes y adoptará estilos más cercanos a la tolerancia comunicativa. Innovaciones incorporadas recientemente pasarán pronto a ser arcaísmos y el docente tendrá que desarrollar habilidades para *cambiar con flexibilidad y sin resistencias* en relación a la incorporación a la práctica profesional de los recursos que le aporten los sucesivos cambios tecnológicos. Perdida su vigencia y legitimidad los metarrelatos que en la educación tradicional y moderna orientaron la acción, los estilos docentes se apoyarán más en las *estrategias constructivas* y en la *nueva retórica de la comunicación*. Las primeras enfatizarán la participación interactiva y democrática de todos los sujetos que intervienen en el proceso de construcción del currículum. Las segundas facilitarán los juegos de lenguaje que la nueva pragmática postula desde la operatividad de los sistemas.

En esta nueva retórica conducirá a que el oficio de maestro en el futuro se aproxime otra vez al del *sofista* clásico que relativiza las normas morales del saber y se legitima por la eficacia del método y la tolerancia en cuanto a las diferencias. Es posible que, mediante esos juegos retóricos, intente buscar el consenso, esa especie de bonanza ecléctica que todo lo asume, pero también puede suscitar el conflicto entre valores y la disonancia cognitiva, que el propio grupo resolverá con las mismas reglas lúdicas.

Sin duda, bajo estos supuestos, el maestro del futuro se acercará más al perfil de *profesional independiente* y eficaz, pero es difícil que sus intervenciones escapen a algún tipo de influjo «cultural». Los estudios recientes acerca del pensamiento del profesor ponen de manifiesto cómo bajo las estrategias didácticas que éste utiliza subyacen teorías implícitas, valores invisibles y actitudes críticas que determinan las decisiones curriculares y retóricas. Todo ello comporta una semántica y un discurso, esto es, una *nueva forma de humanismo* que, desde las teorías críticas, podría fundamentar la definición del profesor como un *intelectual* que, más allá de sus competencias tecnológicas, no renuncia a la búsqueda de una nueva razón, que será indagada con los demás de forma constructiva y democrática. Esta nueva *ratio*, que se elaboraría a través del consenso o de la disidencia, basaría su legitimidad en la *flexibilidad de la misma razón*, como sugiere A. Giddens al interpretar las consecuencias de la modernidad⁸. Por esto, precisamente, el maestro nunca podrá

renunciar a ser un *preceptor humanista* que, en el *encuentro con otras libertades*, las de sus discípulos, busque el *progreso de la razón* a través de la *comunicación*, y en sus nuevas relaciones con la sociedad encuentre el reconocimiento de su *dignidad profesional*, tan maltratada en el pasado.

Esta es una buena vía de retomar la tradición, no instalándose en ella acríticamente bajo la cobertura de una especie de *ethos* conservador, sino apropiándose de sus resortes desde las solicitudes que el presente y el futuro plantean.

Notas

- 1 Véanse nuestros trabajos: «La investigación histórico-educativa y la formación de profesores». *Revista de Ciencias de la Educación*, 157 (1994) 55-70, y «La historia de la educación primaria como disciplina. Una propuesta para su desarrollo curricular». *Actas de las III Jornadas de Teoría e Historia de la Educación en la Formación de Profesores*, Cuenca, en prensa.
- 2 Escolano, A. «Maestro de ayer, maestros del futuro». *Vela Mayor. Revista ANAYA de Educación*, III (1996), en prensa. Ver también nuestro estudio: «Los roles del profesor en el sistema educativo». *La calidad de los centros educativos*, Madrid, SEP, 1988, 157-166.
- 3 Lyotard, J.F. (1984). *La condición postmoderna*. Madrid: Cátedra, 89-98.
- 4 Attali, J. (1991). *Milenio*. Barcelona: Seix i Barral, 92.
- 5 Gadamer, H.G. (1993). *El problema de la conciencia histórica*. Madrid: Techos, 41.
- 6 Véase nuestro trabajo: «La educación ante los escenarios de fin de siglo». *Revista Complutense de Educación*, 6-2 (1995), 167-190.
- 7 Puig Rovira, J. M^a. (1993). «Minorías étnicas y educación democrática: hacia el interculturalismo». En: P. ORTEGA y J. SAEZ (eds.), *Educación y democracia*. Murcia: Caja Murcia, 117-120.
- 8 Giddens, A. (1993). *Consecuencias de la Modernidad*. Madrid: Alianza.